

José ANDRÉS-GALLEGO, *Historia general de la gente poco importante (América y Europa hacia 1789)*, Gredos («Monografías Históricas» 3), Madrid 1991, 459 pp.

El prof. Andrés-Gallego es sobradamente conocido por sus preocupaciones renovadoras en el ámbito de la historia contemporánea europea y americana. Por si no fueran bastante prueba sus anteriores —y variadas— publicaciones, todas con una notable carga de innovación historiográfica, esta *Historia general de la gente poco importante* saca a primer plano su esfuerzo por encontrar caminos que permitan a la historia ser entendida por nuestra época y al historiador entender las pasadas. Al acercarnos a este libro me parece conveniente distinguir dos aspectos. Uno, el libro en sí, con su específico contenido historiográfico. Otro, la justificación que el A. hace de este libro y, en cierto modo, de su propia trayectoria intelectual.

Vayamos a la primera parte. Pretende «trazar la historia antropológica de las gentes culturalmente 'occidentales' al final del Antiguo Régimen, tal como eran cuando iba a comenzar la revolución liquidadora de finales del siglo XVIII» (pp. 364-365). En ella se incorporan, por primera vez quizá en nuestro país, al menos de modo tan sistemático y con una apoyatura documental tan amplia —nada menos que ochenta y tres apretadas páginas de bibliografía comentada—, los nuevos contenidos que la historia occidental ha ido incorporando en las últimas décadas. Basta el índice para darnos cuenta de que el libro presenta, como el A. indica expresamente, lo que no está en las historias al uso: la vida, las relaciones de vecindad, los espacios vitales —cultivos, vivienda, viajes— el comercio y la industria, la condición del hombre —propiedad, libertad, servidumbre, burguesía...—, la ex-

tensión de los saberes —analfabetos, lectores, estudiosos y sabios—, la tolerancia —relaciones entre credos, masonería, descristianización en el Antiguo Régimen—, la condición de súbdito, la articulación, también política, de la sociedad —y su desajuste por la Revolución—, los sentimientos, pensamientos y relaciones internacionales y, finalmente, la lucha contra la muerte y —a pesar de las mejoras sanitarias— el implacable carácter de la condición temporal de todos los hombres, representado en el reloj. Estos son algunos enunciados de los contenidos que nos muestran cómo nacían, amaban, creían, trabajaban y se odiaban los hombres —occidentales, en América y Europa— del tiempo de la Revolución francesa.

Sólo esto bastaría para considerar que el libro está llamado a tener gran influencia en la escritura de la historia en España —y América— y a situar a su A. entre los mejores historiadores —en el sentido amplio del término— con que contamos. Máxime si tenemos en cuenta que los temas que ahora aparecen publicados como libro formaban ya parte de las inquietudes del prof. Andrés-Gallego en 1976, cuando la historia académica al uso ni siquiera se planteaba una reorganización de los contenidos tradicionales. Si acaso sólo un mayor interés por las cuestiones obreras o sociales, pero con un planteamiento metodológico totalmente tradicional. Como en algún momento menciona el propio A., se pretendía cambiar sencillamente los héroes burgueses por héroes proletarios. La «gente poco importante» seguía sin aparecer en el mundo interpretativo de los historiadores de entonces.

Y entramos así en lo que bien podríamos considerar la parte programática del libro y sus destinatarios, a quienes va dirigida en forma de «segundo epílogo: para historiadores» (pp. 349-368). Este epílogo es

también historia, ya que el A. narra la trayectoria de sus preocupaciones historiográficas en las últimas décadas. Una —y urgente— fue la de encontrar lugar en la narración histórica para los nuevos datos sobre el pasado que empezaron a abundar —en campos hasta entonces inexplorados— desde los años sesenta. De esa primera —elemental— preocupación, pasó muy pronto a un planteamiento más de fondo: la necesidad de reelaborar con un definido fundamento filosófico la narración histórica. No se trataba ya de incluir nuevas informaciones, sino de re-construir la propia historia. Veamos las etapas intermedias, utilizando palabras del propio A.

Primer paso: desechar la «tetrarquía latina» tan utilizada por los historiadores de los últimas décadas. El A. llama así a la costumbre de los historiadores de agrupar las actividades de los hombres en cuatro grandes campos: cultura, sociedad, economía y política, variando el orden en que las analizan dependiendo de la adscripción ideológica de cada autor. Inicialmente era un intento bienintencionado de hacer una nueva historia, pero terminó en «un debate infantil. Algunos historiadores, ciertamente, se confesaron marxistas, conservadores, cristianos, etcétera, incluso liberales; pero al intentar que su adscripción encarnase en el método que empleaban dieron en manejar lo planteamientos filosóficos como palos de escoba y cajones de rebotica, y todos los matices con que Marx o Mounier diseñaban el papel de las decisiones de los hombres en el decurso de la historia, para bien o para mal, quedaron muchas veces en la simplona opción de poner la economía al principio —quiero decir materialmente en las primeras páginas— o al final —en las últimas— de sus escritos [...]» (pp. 354-355).

De lo que se trataba era no tanto de distribuir de distinto modo compartimentos estancos, como de reordenar de nuevo el re-

lato histórico, pero sin compartimentarlo. Y sin esterilizarlo, ya que el modelo económico-social-político ha hecho innecesarias a muchas investigaciones, que demuestran pura y simplemente lo que el dogmatismo del método establece.

Llegamos así al segundo paso: el recurso a la sociología. «Si busqué la respuesta en la sociología, [...] fue] porque, ofreciéndome, como lo hacían otras [ciencias], soluciones abiertas, respondía con exactitud a la idea de que la historia es una ciencia social, en el sentido de que la sociedad, o una sociedad, es lo que constituye su objeto. Pensaba entonces mucho de lo que en 1982, en su *Historical sociology*, argüiría con fuerza Philip Abrams: que historia y sociología han de reconocerse al cabo como una misma cosa» (p. 358). Ciertamente, la sociología puede suponer una buena ayuda al historiador. Por ejemplo, plantear el relato histórico desde las estructuras básica, cultural, operativa, distributiva y defensiva en que se articula toda sociedad puede ayudar a mostrar el pasado de modo más comprensible. Pero con el riesgo de trocear la realidad cayendo de nuevo «en una mera reordenación más en la cual los elementos permanecerán en compartimentos, si no separados, por lo menos indivisibles e inconfundibles. Diré más: creo que en eso han caído los intentos que conozco hechos en Europa y América para elaborar síntesis de la historia que den cabida a aquellos nuevos campos de la investigación» (pp. 359-360). Sin embargo, no es este el riesgo mayor a la hora de buscar nuevos caminos para comprender y comprendernos en el pasado. El gran riesgo está en aceptar sin más que la historia es una ciencia social porque su objeto son siempre conjuntos de hombres, cuando la realidad es que «es social en virtud de la sociabilidad del hombre» (p. 361). El nuevo paso —más allá del sociologismo— era partir del hombre —de uno mismo, de la reflexión del propio histo-

riador sobre su historia personal— para construir la comprensión y narración del pasado.

Tercer paso: hacia una historia antropológica. Esto, según el A. no es un nuevo y simple modo de ordenar los nuevos datos sobre el pasado del hombre, organizando el relato de modo elementalmente biológico —de la cuna a la tumba— sino conseguir poner al hombre en el centro de la sociedad y de la narración histórica. «El enfoque individualista que propongo ha de entenderse como categoría del conocimiento, como punto lógico de referencia en virtud del cual el historiador ha de contar los hechos, cualquier hecho, sea económico o social, cultural o político, de manera que al buscar sus raíces, trazar su gestación, escribir su suceso y deducir sus consecuencias no emplee sólo las categorías humanas colectivas —burguesía, proletariado, nobleza, Francia, Alemania, ciudad lugar, aldea— cuando haya de hablar de los hombres como sujetos, activos o pacientes, sino de estos como individuos, incluso cuando se comporten como burgueses, proletarios o nobles, franceses o alemanes, ciudadanos, lugareños o aldeanos. Se trata, insisto, de una categoría, no de un orden temático, ni tampoco de un mero cambio léxico, por más que este pueda ayudar; hay que conseguir que lo individual se constituya en el principal punto de referencia y contraste gnoseológico, entendiendo por tal el que explícita o implícitamente, tiene todo historiador cuando valora y emplea los datos con que reconstruye la historia» (p. 362).

El pensamiento del historiador, es por tanto, la clave de su historia. Y además, la narración de esa historia ha de ordenarse diversamente según la pregunta a que se intenta responder. Esto segundo podría considerarse una opción más técnica, sin ser neutra. Con el ejemplo del propio A. es distinto preguntarse cómo eran los europeos de

finés del XVIII —precisamente lo que hace en este libro— o por qué cayó el Antiguo Régimen. Lo primero, en cambio —el pensamiento del historiador, su idea de persona— tiene mucho que ver con las opciones más trascendentes del propio historiador: una historia antropológica es más segura si se apoya en una antropología filosófica. Y ésta sostendrá una antropología cultural más certera cuanto más se acerque a la verdad, «siendo así que la verdad existe por sí» (p. 363).

Llegamos así al término a que nos conducen —al que condujeron al A.— los pasos anteriores: «Un historiador será, pues, tanto más coherente cuanto más se aproximen su concepción existencial y su narración histórica. Lo cual implica algo gravísimo sobre lo que me gustaría extenderme, y es que historiar —ejercer de historiador— tiene una dimensión ética, de opción y opciones lisa y llanamente morales» (p. 363).

Quizá —seguro— habría que matizar mucho más el pensamiento del prof. Andrés-Gallego, plantear las dificultades que puede presentar su método o ver en detalle algunas de sus consecuencias sociológicas o históricas —como el carácter esencialmente conservador de las sociedades o la autonomía de la política—; pero con lo recogido creo que el lector se hace una idea del enorme interés del libro. Este libro está llamado sin duda a marcar una cesura en nuestro modo de hacer historia. Espero que su difusión —su traducción también— sea el catalizador adecuado para un debate fructífero entre los historiadores europeos. Sin excluir a quienes trabajamos la historia de la Iglesia. Creo que hay mucho que aprender y mucho que reflexionar en este libro no tanto sobre qué es la historia de la Iglesia sino sobre cómo hacerla.

A. M. Pazos